cielos, y gritando con fuerte voz: Hé aquí el esposo que viene; salid delante de él? (Mat. XXV).» ¿Y no seremos informados de su venida por un ángel santo que debe restaurar el Evangelio en estos *últimos dias* (Apoc. XIV), y restablecida así la disposicion no será la de la plenitud de los tiempos (Eph. I, act. III), y el reino así anunciado aquel de que habla David? (Dav. II).

—Es muy posible, y yo á eso no pongo objecion alguna.

—Hay una sin embargo.

—Tambien es muy posible.

—Pablo dice: «¡Pero aunque vosotros mismos ó aunque un ángel del cielo os anunciase otro Evangelio que el que os hemos anunciado, que sobre él caiga anatema!» (Galat. I).

—Y bien, ¿de qué modo compaginais eso con vuestro nuevo Evangelio?

De la manera mas sencilla. Cristo ha dicho: «En verdad, en verdad, yo os digo, el que no entre por la puerta en el aprisco del rebaño, sino que llegue á él por otra parte, es un salteador y un ladron.» (Juan X).

—Y bien; es claro que Jesucristo ha querido decir con eso que solo reconocia como verdadera á una doctrina, aquella que El predicó y que predicaron los apóstoles; que toda modificacion de sus leyes, practicada por ellos con el fin de penetrar en el aprisco, es decir, en el cielo, por otra puerta que la abierta por el Hijo de Dios, debia ser condenado. Puesto que el libro de Mormon modifica sensiblemente el Evangelio, á mí me parece que mas es por la ventana que por la puerta por donde vos quereis entrar en el aprisco.

—¡Ah! Credlo, señor; el libro de Mormon es divino, y él es quizás quien traerá la era de la verdad, del conocimiento y de la concordia universal.

—Pero, dije á mi santo visitador, vos que hablais de concordia universal, empezad, pues, por poneros de acuerdo con el apóstol Bertrand.

Mi interlocutor estornudó y no pudo contestar de seguida á mi observacion. Pero pasada la excitacion de la pituitaria...

—Acabais, me dijo, de ponerme en el camino. Os decia, pues, que el apóstol Bertrand habia desde la edad de dos años.....

—Por lo demas, señor apóstol, comprendo que no se prejuzgue contra la era de verdad y de concordia general que debe traer á los hombres el libro de Mormon, porque hayan sobrevenido algunas controversias con motivo de su interpretacion; quiero que me prueben que ese libro es verdaderamente divino.

—Todo y especialmente esto: José Smith, el profeta inspirado, ha sido perseguido y mirado como un impostor.

—Permitidme hallar esa prueba insuficiente.

—Bien, pero es un hecho evidente que donde quiera que Dios ha investido á algun hombre de la autoridad legítima, este hombre ha sido siempre mirado como perturbador en Israel, como loco, traidor, impostor y arrojado y perseguido. Consultad la historia.

—¿No encontrais sorprendente que Dios que inspira los profetas, que ha venido El mismo sobre la tierra, que ha nombrado apóstoles para enseñar á los hombres una religion que ellos no podian saber ántes de que se les hubiera enseñado, haya permitido á los hombres estorbar la vulgarizacion y difusion de su obra, persiguiendo á los encargados de difundirla y matando al mismo autor de ella?

—Preciso es creer que la persecucion es en semejante caso una excelente cosa, puesto que Dios, que tiene todo poder,

ha tolerado que se le persiguiese, como ha permitido que se persiga á todos los hombres investidos de su autoridad legítima..... Pero, volviendo al apóstol Bertrand, os diré, pues, que desde la edad de dos años.....

—Sea lo que quiera, señor apóstol, yo todavía dudo de la divinidad de vuestro libro de Mormon. Me parece pasado el tiempo en que Dios se complacia en comunicarse á los hombres y en iniciarles en su voluntad, ya hablándoles de viva voz, como hizo con Adan, Abraham, Elías y algunos otros, ya enviándoles ángeles, como sucedió, entre otros, á Loth, María, Isabel, Pedro, Pablo y Juan; ya manifestándose en sueños, como aconteció á José, á Jacob, su padre; al que fué esposo de la Vírgen, á Daniel, á Pedro, á Juan el revelador, etc.

—¿Y por qué, pues, señor incrédulo (perdonad el calificativo, que no es intencional), os parecen acabados los tiempos en que Dios deba revelarse á los hombres por los medios que habeis indicado? No seria ya Dios Omnipotente ó habria dejado de interesarse por la suerte de la humanidad? Si la eterna alianza ha sido violada ¿se puede sostener que la accion humana sola sea bastante á destruir los errores del siglo ó á neutralizar el principio del mal? Y si ha sido menester un poder divino y revelaciones inmediatas para establecer el Evangelio, ¿no serán necesarias para perpetuar este mismo Evangelio en su integridad añadir nuevas instrucciones á las antiguas? ¿Por qué, pues, si se cree en los antiguos profetas no se ha de creer en los nuevos? ¿No es quebrantar la fé que debemos tener en las revelaciones antiguas establecer sistemáticamente la imposibilidad de revelaciones ulteriores? ¿Se dirá que Dios, para reformar su Iglesia, debe esperar que los hombres sean mas corrompidos que hoy? A eso

respondo yo que el diluvio en los dias de Noé, halló á los hombres en todos los cuidados y ocupaciones de la vida: comiendo, bebiendo, casándose, teniendo como hoy afecciones conyugales, filiales, de parentesco, y que estaban en sociedad como ahora. ¿Por qué, respondedme lógicamente, no habria enviado el Señor un ángel á José Smith para instruir á los hombres de nuevo y salvarlos, si posible es? Vemos esta unidad, por la cual Nuestro Señor ha rogado, y no vemos por el contrario el sectarismo que trae á los espíritus la inquietud con la duda. ¿No vemos luego, pasando revista al mundo cristiano en su conjunto, cuando examinamos las creencias y la organizacion de todas las sectas que lo dividen, que ninguna de ellas descansa sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas? Por ventura, cuando Dios ha dado al mundo revelaciones, ¿ha consultado la sabiduría de los hombres? ¡Seria verdaderamente curioso que se negase á Dios el derecho de enviar nuevos profetas! Si, por último, vos creis en los profetas antiguos, no teneis razon para no creer en nuevos profetas, aunque, cosa extraña, los mayores enemigos de Dios y de sus servidores son aquellos que en todo tiempo han negado la venida de los profetas vivientes, para creer exclusivamente en los profetas difuntos.

Aquí se detuvo el apóstol para tomar aliento. Sin duda creyó que sus palabras habian llevado la fé mormónica á mi corazon, porque tomándome la mano con esa dulzura afectuosa que conviene exclusivamente á los hombres que se ejercitan en convertir á las gentes:

—Veo, me dijo, que las verdades eternas combaten en vos la duda horrible que devoraba vuestra alma. La Igiesia mormónica, hermano mio, se complace en contaros en el número de sus santos, y por lo que á mí toca, doy las graclas al cie-

lo, que ha guiado mis pasos hácia vos y me ha dado en la palabra esa fuerza de conviccion que parte del corazon para llegar al corazon. Veamos, sereis de los nuestros. ¿Cuándo quereis recibir el bautismo?

—¡Por Dios, señor apóstol! Yo no digo que vuestras palabras no hayan penetrado mi corazon; pero dejadme, como suele decirse, tiempo para reflexionar. Yo he nacido por casualidad en una religion á la que estoy acostumbrado, y á mi edad no se abandonan fácilmente hábitos de toda la vida para contraer otros nuevos. Y, ademas, eso de renegado me espanta.

—Querido hermano mio, permitidme que así os llame, si no hubiese renegados no habria prosélitos! Ahora bien; ¿qué mas precioso para todas las religiones que hacer prosélitos?

—Por otra parte, vos me habeis dicho que dogmas diversos separan el mormonismo del apóstol Bertrand del vuestro: yo conozco el mormonismo de este último, pero no conozco sino imperfectamente el vuestro, y francamente considero algo estúpido convertirse á una religion, por muy divina que pueda ser, sin haberla ántes conocido y apreciado.

—En el mormonismo, como en tantas otras religiones, hay una muchedumbre de creyentes que ignoran lo que ellos creen. Mas, puesto que habeis pronunciado el nombre del apóstol Bertrand, ya es fácil deciros que desde la edad de dos años.....

—Señor apóstol, me seria imposible, por mucho deseo que tuviera de complaceros, convertirme á la secta á que perteneceis. Menester es para que yo crea me digais al ménos en qué es menester creer.

—Sea así mi querido hermano; yo preparo una refutacion

completa de la Iglesia descarriada de que Bertrand se ha hecho misionero. Y digo Bertrand simplemente, porque la paciencia me falta hablando de este hombre, que desde la edad de dos años.....

—¿Y despues?

—Despues leereis mi refutacion, al propio tiempo que la exposicion de las verdades eternas.....

—¿Las vuestras ó las del apóstol Bertrand?

—Las nuestras, se entiende; y espero que entónces cesarán vuestros escrúpulos y que estareis con nosotros; lo cual será agradable á Dios, no dudeis de ello.

—Yo no dudo. Pero si entre vuestras verdades eternas y las del apóstol Bertrand mi conciencia queda indecisa, y si todo bien pesado, me parecen tan respetables, tan verdaderas y eternas las unas como las otras, aunque contradictorias, ¿qué haré entónces?

—Entónces, yo os exigiré la preferencia; porque al cabo bueno es que os ilustre sobre ese concurrente, que desde la edad de dos años.....

—Bien, pero á condicion de que para suplir la insuficiencia de vuestros argumentos, me hagais al ménos un pequeño milagro.

—¡Yo ensayaré!

—Hasta la vista, pues, señor apóstol.

El santo hombre salió; pero lo que me hizo desconfiar mas de las verdades eternas, cuya colocacion buscaba este comisionado, fué no ver ninguna aureola alrededor de su sombrero ni ningun fuego de Bengala que iluminase su salida.